

to es todo.—«Mañana, Kadidjá, me diré lo demás; mañana».

Ya está lista. Sobre su humilde vestido ha echado un manto negro, y bajamos juntos, cerrando con cerrojos las puertas, a medida que pasamos.

Por la estrecha calleja, más sobría aún, nos dirigimos hacia el mar; donde debemos separarnos.

La hermana de Achmet alquila un esquife para dirigirse a Estambul. La vieja armenia salta al mío, que me espera; y se sienta a mi lado. La dejaré en Kassim-Paciá, al pasar, y continuaré mi camino, sólo, por el Cuerno de Oro, para regresar a Pera, ya que ahora, ha terminado mi lúgubre jornada. Después de reflexionar acerca de ello, me parece mejor que mi entrevista con Kadidjá haya sido demorada hasta mañana, y pueda ser preparada con anticipación, pues me da miedo esta mujer; miedo su odio y su desprecio... Vuelvo a llamar a la hermana de Achmet, que ya se alejaba deslizándose sobre las aguas grises, y, con una mano, detengo su ligero esquife, para hacerle mil recomendaciones.

—Explica bien a Kadidjá—le digo—que han sido mis viajes militares los que me han impedido volver; expediciones; gue-

rras lejanas; que no ha sido culpa mía... Vete... Si yo no hubiese amado a la *Señora Aziyadé*, ¿habría vuelto por acá, desde tan lejos, después de diez años?...

Me callo, porque noto que mi voz tiembla—que es preciso que me rehaga—porque estoy a punto de llorar.

—Se lo diré, Lotí; se lo diré—me responde, y me parece sorprender ahora en su rostro desconsolado, una expresión de tenue dulzura. Después, nuestras barcas se separan en el crepúsculo ya confuso.

¡Terminó mi lúgubre jornada! Se acabaron las agitaciones, las inquietudes, las ansiedades, los ruegos... Terminó el drama, cuyo desenlace ha permanecido, como en suspenso, durante diez años.

Nos deslizamos rápidamente sobre las aguas. A mi lado, rígida, silenciosa, va la armenia. Una tranquilidad de sepulcro comienza a enseñorearse de mí. Paréceme que esta tierra, que esta ciudad tanto tiempo soñadas, se han despojado repentinamente de su encanto indecible, así como de su inmenso misterio. Que Estambul está vacío, y vacío mi corazón, también, y vacía mi alma. Siento como un hundimiento de todas las cosas y un deseo ardiente de abandonar

esta Turquía lo más pronto posible para nunca más volver a ella.

Continuamos avanzando a todo remo, como quien tiene prisa por llegar a alguna parte.

¿Por qué tan presurosos? No lo sé. Nada nos apremia ahora, nada nos acucia, ya que está todo terminado. Y, ¿a dónde vamos? No lo sé, tampoco. Temo que esta vieja que yace a mi lado me hable y rompa este silencio que tanto necesito. Temo que me pregunte por Aziyadé, sobre todo, acerca de lo que acaba de serle revelado, inesperado y sorprendente para ella. Vuelvo la cara para no tropezar con sus miradas y miro, sin verla, la maravillosa decoración crepuscular: Estambul, que, invertido, se refleja en las aguas tranquilas; los miles de barquichuelos que se entrecruzan, paseando sin ruido la atenuada fantasmagoría de las vestimentas y de los colores.

Todo esto, que durante diez años había desaparecido para mí y que surge de nuevo ante mis ojos como por ensalmo, no me dice ya nada, fuera del tiempo delicioso que hace; dulce aún, tibio, enervante como en estío.

En el desembarcadero de Kassim-Pachá

nos detenemos, al fin, para dejar a la vieja enlutada, cuya sola presencia, muda, se me hacía molesta.

—Adiós — dijo Anaktar-Chiraz. — Que Dios te acompañe; y mañana acude a la cita para tus tumbas.

Regreso solo, como aliviado de un fúnebre peso; pero siguiéndola con los ojos, mientras se aleja, echándola menos, sin embargo, ya que ella ha sido el lazo de unión con el caro pasado.

Mi barquero, con zalamero gesto de niño fatigado, me enseña sus brazos desnudos, que—según asegura—comienzan a dolerle, y me dice:

—¿Es necesario aún ir tan deprisa?

—¡Oh, no! Ya, ¿para qué?...

No se me ocurrió avisárselo. Ya no tiene objeto. Nadie me espera en parte alguna, en esta inmensa ciudad, en la que sólo soy conocido de los muertos. Nada me importa ya dónde haya de ir. No tengo nada que hacer, sino vagar libre y solo, rebuscando por uno y otro lado, rastros de recuerdos de otros tiempos. Así, pues, le respondo:

—Por lo contrario, ve despacito, a donde quieras; deja dormir la barca a merced del agua; retira los remos; descansa, cruza tus brazos, y canta, si quieres.

Bien pronto quedamos casi inmóviles, arrastrados solamente por una insensible marea. El barquero, ha cruzado sus brazos, y canta. Entona un aire tan extraño, tan dulce, tan sorprendentemente dulce... Escucho su canción que es aguda y quejumbrosa y miro en torno mío, con más interés ya, con más animación que antes. Verdaderamente, desde que la pobre vieja enlutada, que se alzaba ante mí como un remordimiento, se ha marchado, siento en mí no sé qué alivio demasiado repentino, que me sorprende y que me confunde.

Ahora miro ya, cada vez más con mi habitual avidez de ver... Todo ha cambiado de aspecto al caer la noche. En tierra han sido encendidos los faroles; y sobre los barcos y en los esquifes que se deslizan silenciosos en todas direcciones, Estambul no es más que un festón obscuro de cúpulas y de torres, perfilado sobre el cielo, claro aún. En medio del Cuerno de Oro, seguimos siempre a merced del agua y de entrambas orillas a la vez; llega hasta nosotros, un tanto ensordinado, el clamor oriental; el confuso conjunto de los ruidos de Constantinopla, que distinguiría entre todos los rumores de la tierra. Es lo mismo de antes; todo perdura semejante a antaño. Sin haber

vuelto a verlos, me represento todos los barrios de ambas costas, por los que yo he barzoneado noches y noches. ¡Yo sé todo lo que ocurre, todo lo que se comercia, todo lo que se oculta, todo lo que se canta en ellos! De tal modo, que no me he forjado, tan completa como en estos instantes, la ilusión de hallarme sumergido de nuevo en el confuso interior de sus entrañas,—y nada de cuanto yo pudiera decir en páginas enteras, en volúmenes, expresaría la melancolía sin nombre de esta impresión.

Por el contrario, ¡cuán diferente es todo en mí, y para mí desde la época, de mi juventud! Entonces, yo, era pobre y perfectamente desconocido. Mi existencia turca, irregular y peligrosa estaba constantemente amenazada; no tenía apoyo alguno. Una queja de la Embajada, una orden de un jefe, podrían anonadarme a cada momento. Entonces me veía yo en apurillos de dinero muy amenudo, por unas pequeñeces; cuando se trataba de adquirir un traje turco, un arma, o tan sólo de enviar al judío Salomón a las tiendecitas de la vecindad a comprar nuestra cena... Entonces me era preciso contar con estas turbas que esta tarde oigo alborotar en entrambas riberas; con estas gentes del pueblo a las que mi fanta-

sía me había mezclado. Entre ellos tenía yo prestamistas, acreedores, amigos que me eran útiles, enemigos cuyas delaciones me aterrorizaban... Ahora podría comprar diez veces a todos estos menguados enemigos, su silencio, también, sólo con algunas monedas de oro de mi cinto. Actualmente mis horizontes se han dilatado, dilatado desmesuradamente y soy casi un soberano comparado con el muchacho desvalido de antes. Pues bien; todo esto, que diez años ha, habría sido el encanto de mi vida con ella, ha llegado a mí demasiado tarde. sin duda; ya que apenas me inquieta. Algo se ha extinguido en mí; algo de mí mismo se ha sepultado con Aziyadé, en tierra turca.

La gran decoración continúa cambiando. Las misteriosas cúpulas aparecen indecisas y casi diáfanas en la noche; las luces son innumerables; y, en las alturas, brillan las estrellas. El tiempo cada vez más suave, sin un soplo de brisa, tal cual en una noche de estío. Miro, libre ya de mi modorra de muerte, miro con ávidez, dilatadas las pupilas para abarcarlo todo. Y me siento lleno de contradicciones que me estremecen. Unas veces, fiel siempre la querida memoria de mi muertecita, estoy triste hasta el

fondo del alma y como para siempre; y experimento la sensación (que yo sé que es fugitiva, por serme ¡ay! conocida ya otros tiempos) la sensación del desvanecimiento y del fin de todo sobre la tierra. Otras, momentos después, me invade un retorno a la vida, con una especie de victoria egoísta, de triunfo, al volver a hallarme vivo aún, aún joven, sensible aún al amor. Y, entonces, me dejo influir por este país de Oriente, por la tibieza de la noche, por los recuerdos de embriagueces pasadas, por todas las cosas que debían tenerme ya para siempre, sin cuidado.

¡Diez años para nuestras almas humanas, que duran tan poco, es, en verdad, un período infinitamente largo!... Diez años de separación, de silencio, minan, agujerean el recuerdo. Esto lleva a una especie de renunciamiento; a instantes de olvido, singulares; casi a un anochecer para el amor, aun entre aquellos que más se han querido. Y darse cuenta de esto, es en sí, una cosa amargamente alucinante.

Noche cerrada ya, llegamos al fin del gran puente de Estambul, y subo a Pera, al hotel.

Comida vulgar en mesa redonda, en com-

UNIVERSITY OF MICHIGAN  
BIBLIOTECA DIVISION  
"ALFONSO REYES"  
MEXICO

pañía de turistas conocidos ayer en el Oriente-Exprés o en el vapor de Varna.

Y por un momento, vuelvo a ser como todo el mundo, y charlo, con la memoria adormecida, recordando apenas que es mañana, mañana por la mañana, la dudosa entrevista con Kadidja, y la visita a la sepultura.

Más, enseguida, después de cenar, pido un caballo para ir a Estambul. (A los dependientes de las fondas europeas, las parece siempre, una cosa absurda esto de ir de noche a Estambul, y, sobre todo, de ir allá sólo. Y, sin embargo, voy, voy para ver de noche la casa del viejo Abeddin; la casa en la que ella ha debido morir y de donde se la llevaron una noche, casi clandestinamente.)

Primeramente, cruzo al trote largo las calles de Galata, llenas de luces, de gritos y de música. Después, a la entrada del puente que enlaza las dos ciudades, en el punto en que comienzan a reinar las sombras y el silencio, me detengo para hacer encender el farolillo que un espolique llevará delante de mi durante mi paseo por la ribera opuesta, y bien pronto, franqueando el puente, he-me aquí metido en el inmenso Estambul, negro, cerrado y muerto. Durante el día, retenido en otra parte, no había hecho más

que vislumbrarlo de lejos; y, después de diez años llego ahora a él en plena noche, exactamente igual que cuando lo visité por primera vez en mi vida, durante una fiesta de Bairam.

Noche oscura. Las estrellas empañadas. Mis ojos van habituándose al medio; acabo por ver, y, sin vacilación, cual si hubiese partido ayer de aquí, me dirijo a! trote, por entre este dédalo, entre los altos muros sin ventanas, reconociendo, al pasar, los grandes palacios enrejados, los funerarios quioscos en que arden los velarios, las cúpulas de las pálidas mezquitas silenciosas que se exclaman en el cielo. Y la luz de mi linterna, que corre, que baila delante de mí, me va mostrando en tierra, a lo largo de la calle, manchas oscuras, que son perros dormidos.

Voy de prisa, pues es tarde; y la casa del viejo Abeddim está lejos.

Al revolver una esquina se abre, a! fin, ante mi la gran plaza desierta de Mehmedalih, bordeada de una serie de cupulitas chatas, de una blancura de lienzo. Me acerco al final de mi objeto; casi he llegado ya a él. Cruzo en diagonal la plaza, escuchando ahora los cascós de mi caballo que suenan más

fuerte sobre el enlosado, despertando por doquier lúgubres ecos. Después, me hundo de nuevo en la obscuridad de una calleja estrecha;—y en ella es donde se me aparecerá la casa, la vieja casa de madera, alta y triste, pintada de rojo oscuro, con sus ventanas enrejadas, salientes, sobre las que están pintadas mariposas amarillas y tulipanes azules. Nadie pasa nunca por este barrio, nunca en él se abre una puerta, jamás se escucha un rumor de vida, jamás se ve una luz. He acertado mi marcha, y hago iluminar por el farol de mi espolique los viejos muros, la base de los viejos balcones de impenetrables rejas, para conocerlas bien, para no equivocarme cuando pasemos... Más, de pronto, nada ya delante de mí. Un vacío infinito, sembrado de piedras derrumbadas, de vigas ennegrecidas y mi caballo salta sobre escombros.

El fuego ha hecho aquí su obra. Uno de los grandes incendios que abrasan aquí barrios enteros en pocas horas, lo ha destruido todo... «Esto ocurrió el invierno pasado»—me dice mi guía, agitando su linterna de izquierda a derecha para mostrármelo mejor. No ha quedado el más pequeño rastro de calle. En una extensión de trescientos o cuatrocientos metros, sólo hay escombros.

¡Así pues, se acabó! La casa en que Aziyadé cerró sus ojos se ha fundido en las llamas. Ante estas ruinas, es preciso retroceder.

Y me alejo, poniendo mi caballo al paso, tomando, al azar, una dirección cualquiera, en la noche oscura.

Este montón de ruinas... ¡No; no había yo previsto esto! Esta destrucción rebasa la medida de cuanto yo esperaba. No es que me figurase que fuera eterno este barrio sombrío; pero sí creía, sin duda alguna, que, pues contaba muchos siglos ya, duraría siquiera, tanto como yo. Mi angustia aumenta ahora, al convencerme de que jamás, jamás podré venir a vagar por esta calle que era la suya, bajo los altos balcones enrejados de la casa en que ella había pasado la mitad de su vida.

Al marcharse ya no mira nada. En el fondo de mi alma me atormenta una especie de desesperanza melancólica, sin compensación, sin consuelo, sencillamente dolorosa. El recuerdo de ella, el sentimiento que ella me inspira, el pesado remordimiento, son para mí como una opresora capa de duelo. En este instante, nada me distrae ya. Y, además, surge esta pregunta desoladora, que se me presenta con una claridad glacial: ¿A

qué conduce lo que voy a hacer mañana? ¿A qué el engaño pueril de esta visita a su tumba? ¿Sabrá algo de ella que he vuelto; y se dará la menor cuenta del beso que daré a la tierra, sobre los despojos que fueron su cuerpo? ¡Oh! ¡El temor amargo e irremediable de no poder ya jamás, jamás, cambiar con ella un sólo pensamiento!... ¡Pobrecita Aziyadé! ¡Cuántas cosas no he sabido decirle, que me abrasan ahora, y que le diría si me fuese devuelta, unos minutos tan sólo, para una postrera entrevista!

Para decirle que la he amado profundamente, con más ternura aún de lo que ella creía, de la que creía yo mismo; para decirle que jamás se entinguirá la pena de haberla perdido; para pedirle perdón por vivir, de ser aún joven y de amar aún... ¡Para decirle todo esto, y dejarla, después, dormirse de nuevo en el regazo de la tierra, tras una despedida henchida de amor!... Más no; es preciso continuar así durante toda la eternidad, bajo esta incomunicación horriblemente cruel. Pronto llegará mi hora, también, haciendo esta incomunicación más irreparable aún y aún más definitivo el silencio entre nosotros; porque todas las cosas, que no he podido decirle, pero que

viven en el fondo de mi mismo, conmigo morirán. Y el tiempo continuará huyendo; y los nombres de los dos, se olvidarán... Se olvidarán, separados...

Alejándome, siempre al azar, por el dedalo de calles y bajo la densa noche, termino por llegar al centro de esta inmutable ciudad en cierto barrio muy santo, en el que se alza la mezquita del Sultán Sehim. Tumbas, cipreses, quioscos funerarios en que arden menudas lámparas que iluminan los catafalcos. Una calle exquisita y única en su género, muy derecha, y, sin embargo, de típico aspecto árabe, toda enjalbegada, bordeada regularmente por series de arcos ojivales. Estas casas centenarias constan sólo de un piso bajo, muy bajo, dejando ver a derecha e izquierda, extensiones de cielo. Es aquel el lugar más elevado del centro de Estambul, desde el cual se dominan todos los alrededores. Solas, las cúpulas sobrepuestas de la mezquita vecina se yerguen en la azulada obscuridad del aire, blancas como la nieve, indecisas como los halos que se forman en torno de la luna.

La calle se prolonga en larga fila de arcadas tristes y va a perderse en la sombra confusa; pero allá un poco a lo lejos, una

puerta, abierta aún, derrama un ténue resplandor sobre el pavimento blanco.

¡Oh! Es, precisamente, el viejo cafetín donde yo acostumbraba a detenerme con Achmet, en horas un tanto avanzadas de la noche, cuando cruzábamos a pie el gran Estambul. ¿Cómo es posible que permanezca abierto tan tarde? Diríase que es por mí; que me espera y que me llama. Me apeo un instante, para ir a sentarme en él, bajo los arcos, a la fresca de la noche.

Todo continúa aquí intacto. Las antiguas pinturas, las viejas estampas de la Meca, pegadas en la pared... Son las mismas. En frente, en medio de la calle, existe aún la antigua fuente de mármol, cubierta en su vértice por algo que parece una negra cabellera y que es realmente, un manojo de helechos. Aún este mismo banquillo que acaba de acercarme el cafetero, ha debido de servirme ya más de una vez.

Antaño—lo recuerdo exactamente,—cuando me sentaba aquí, veía pasar de trecho en trecho algunos piadosos derviches que se dirigían a la mezquita;... y, precisamente, en el instante en que estoy pensando en esto, el grupo de derviches aparece. Caminan lentamente, volviendo la cabeza para mirar a estas gentes, rezagadas a esta hora insólita de

lante de este café que es el único que permanece abierto, en toda esta extensa calle desierta, de lontananzas perdidas en la noche oscura.

Antaño—también de esto me acuerdo—había aquí un músico, un viejecito que durante toda la velada, en el fondo de la extraña salita, ejecutaba en un violín aires orientales, tristes hasta degarrar el alma... Y esta noche, de pronto, detrás de mi comienzo a gemir esta misma música. ¡Oh! Ahora la evocación es tal, que siento circular, más hondamente que nunca, circular por mi médula el escalofrío de mi despertar angustioso... Así, pues, yo estoy aún aquí, yo mismo, sentado tranquilamente en el sitio de costumbre. En torno mío, Estambul; las cosas son las mismas y permanecen como estaban... y nuestro pisito adorado de Eyub, no existe ya; y la casa de ella, está reducida a cenizas y Achmet ha muerto, y ha ya siete años que ella está sepultada bajo tierra, y todo está arrasado, barrido, acabado para siempre jamás... La frase de la hermana de Achmet, resuena en mí, de pronto, más terrible, cual si a mi espalda me la cantase el violín con notas desconocidas de inaudita tristeza... «Fué al terminar la primavera... Se la llevaron de noche...»

Se la llevaron de noche... Veo el crepúsculo de mayo o de junio, tranquilo, limpio, iluminando, en ironía punzante, con sus tintas rosadas, la cara sombría. Entreábrese, después, la puerta, sin ruido, dando paso a unos hombres cargados con un pesado objeto... Oh! ¡Es un cuerpo el que se va así, y este cuerpo es el suyo!... No; jamás había experimentado yo por ella, nada comparable a mi sufrimiento presente...

Por otra parte, parece que desde el principio de mi peregrinación a Constantinopla, a pesar de las dificultades sembradas como por placer, en mi camino, a pesar de los cambios de la destrucción de la muerte,—y no obstante las intermitencias de olvido que me confunden—parece, digo, que voy acercándome siempre y cada vez más, al querido fantasma perseguido; y que nuestras almas están próximas a reunirse.

He vuelto la cabeza hacia el lado de la calle y de las sombras, porque mis ojos se velan súbitamente y no veo nada. Lágrimas horriblemente amargas, lágrimas de abandono, como han debido de ser las suyas, res balan a lo largo de mis mejillas.

El muchachito que me sirve el café y la pipa, observa que lloro y me mira con asombro, y dándose cuenta de que, sin duda algu-

na, los negocios de este extranjero le son indiferentes, se retira sin hablar. El viejo músico de la muerte, está solo, casi entre sombras, y continúa tocando como en sueños.

Me quedo aún, prolongando cuanto me es posible estos momentos de dolor, porque, nunca, en diez años, me he sentido tan cerca de ella como aquí, en la soledad de esta calle plena de sombras, en tanto gime, detrás de mí, en medio del silencio y con la noche en torno, la ahilada música penetrante de este violín.

Una hora después, trasladado a la otra orilla, vuelvo a subir a Pera, despidiendo a la puerta del hotel a mi espolique y a mi caballo. Y, cambiando de idea, en lugar de entrar, vuelvo a partir solo, a pie, para barzonear al acaso, quizás hasta la mañana. Prefiero no perder durmiendo, el breve tiempo que he de permanecer aquí.

Con esto experimento una especie de embriaguez inesperada, absoluta, hallándome solo, libre, sin objeto, tendido en las calles oscuras. La noche continúa siendo dulce, como de junio, y el aire está cargado de todos los olores de Constantinopla, en los que sobresale, en estos barrios, el balsámico perfume de los cipreses.

Durante tres meses de verano, antes de

ir a habitar en Hadjikení y en Eyub, había yo vivido aquí, en lo alto de Pera, contemplando desde mi ventana el maravilloso panorama lejano de Estambul. Era en los tiempos aquellos en que esperaba la llegada de Aziyadé, sin creer ciertamente que viniera, y esperándola, me aturdí con otras. Era, también, en la época transitoria de mi vida, en la que, de repente, no teniendo ya ni fe ni esperanza, me lancé al amor con todas mis fuerzas. Y el encanto nuevo del Oriente del esplendor del estío, y el reclamo de tantos ojos negros, todo esto, había hecho de estos tres meses de espera, algo singularmente voluptuoso, con profundidades de una tristeza de abismo. ¡Oh, las noches de entonces, empleadas en errar por las calles, como hago ahora, más siempre a caza de aventuras, tras una aventura nueva! ¡Aquellas noches!... ¡Cómo se alza ante mí su recuerdo, a cada paso, a cada nueva cosa reconocida en la obscuridad!... ¡Y éstos olores!... ¡Tampoco han cambiado! ¡Y todos los ruidos que tan rápidamente reconozco como familiares: aullidos lejanos de los perros vagabundos; señales de vigilantes, que golpean el sonoro pavimento con el cuente de sus ferradas pértigas; el clamor confuso

procedente de allá abajo, de los lugares de perversión de Galata!...

Desciendo por las escaleras de una calle que no está edificada más que por uno de sus lados, y que, por el otro, domina una profunda cortadura: El Campo de los Muertos, con una línea pálida, a lo lejos, que es el mar; y un festón fantástico es Estambul.

Me parece reconocer de un modo muy particular este piso, estos escalones...

Efectivamente. ¿Cómo no había yo caído antes, en que esta calle es la mismísima en que yo vivía y que ésta es mi casa de Pera, y que aquéllas son mis ventanas? ¡Cuántas veces he entrado yo en este piso, a horas impropias, cuando ya los frescos tintes rosados de la alborada comenzaban a apuntar por la costa de Asia!... Poco a poco recuerdos más precisos de locuras pasadas, me asaltan a pesar mío y me turban más y más.

Después llego al Campo chico de los Muertos, rodeado de tapias: un bosque de cipreses que huelen bien y en el que se hallan sepulturas mulsumanas tan antiguas, que ya no inspiran horror. Antes acostumbraba a penetrar en él, de noche, y a sentarme sobre el seco musgo, sembrado de gálbulas olorosas que caían de los árboles. Era un asilo se-

guro, en el que las citas no tenían nada que temer. La entrada estaba allá, por el pórtico de rejas de hierro que comienzo a vislumbrar. Portón siempre cerrado; pero cuando se estaba, como yo, acostumbrado al lugar, pasando la mano por una parte del muro, en que la piedra está carcomida, se alcanzaba el cerrojo y se podía abrir... Y mi mano, por si sólo, se introduce por el hueco de la pared, halla el cerrojo, y lo descorre. El portón se abre aún, chirriando ligeramente al girar sobre sus goznes herrumbrosos, con un ruido conocido, que acaba de trastornarme.

... . . . . .

¡Dios mío!... ¿Es que yo no sé ya qué es lo que he venido a hacer en Constantinopla? ¿Lo he olvidado?... ¡Estando ya tan próxima mi visita a su tumba, he podido pasar por un momento tal de turbación y de indiferencia!... ¡Oh, la frase fúnebre! «¡Se la llevaron de noche!...» ¿Cómo, ni por un solo instante, ha podido huir de mi mente? ¿Cómo soy aún tan juguete de mis pasiones, que haya podido pensar en otra cosa?... Al regresar al hotel, bajo la cabeza, me parece que he ofendido su grata memoria

todo el tiempo que he invertido en este extraño paseo nocturno, que he alejado de mi el espectro amado, que se aproximaba poco a poco...

Y al hallarme solo, por fin, en el oscuro cuarto de la fonda, no viene a mi el sueño, pero sí el llanto: las lágrimas que lavan y que bendigo.